10.2/6631

Nuestra Francia y la otra

14-5-41

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR DON CARLOS ESPLA EN EL CENTRO ESPAÑOL DE MEXICO EL DIA 14 DE MAYO DE 1941

Señoras, señores

Quienes hayan vivido en París durante el verano de 1939, recordarán el siniestro concierto que formaban cada jueves, a las doce en punto, las 188 sirenas de la ciudad, con sus formidables aullidos de bestia que presiente el peligro. Desde la " alarma de Munich ", aquellas sirenas, en su ensayo semanal, parecían sonar en falso para los franceses, como si su voz de alerta tuviera un acento fingido. Mas para un oído español, en el que todavía zumbaba la lúgubre queja de las sirenas de Madrid, de Valencia y de Barcelona, aquellas voces agoreras tenían un triste acento de verdad. Anunciaban - ¿ quién podía saber con qué anticipación ?- las bombas sobre París.

Una tarde de aquel verano, después de oir el concierto semanal de las sirenas, paseaban por el viejo París dos amigos españoles. Caminaban por los malecones del Sena, junto a los puestos de estampas y libros viejos, dando frente al más maravilloso paisaje creado por el hombre: la cúpula del Instituto, el Puente Nuevo (que es el más viejo de París), la Torre del Reloj, Nôtre-Dame, más lejos la isla de San Luis....

- Todo esto es nuestra civilización - dijo uno de los paseantes -. y todo esto puede quedar destruído en pocos segundos por unas bombas...

Evocaba, sin duda, las ruinas recientes de las ciudades más ilustres de su patria. Y parecía unir el dolor del pasado inmediato al temor del futuro amenazador.

- Todo lo hemos perdido nosotros - siguió diciendo - Pero también esto es algo nuestro.

Pensaba, seguramente, que la historia de aquellas piedras y la

vida de aquel pueblo estaban caldeadas por nuestro cariño y por nuestro fervor.

- Al perder nuestra patria - añadió - aún podemos hacernos la ilusión de que nos queda Francia.... Pero ¡ Si Francia se perdiera ! Todo es posible..... - terminó, tristemente.

Calló luego, como angustiado por el doloroso presentimiento de un mundo en el que se hubiesen extinguido de pronto la luz y el espíritu de Francia.

Muchas veces he recordado las palabras que aquella tarde oí de labios de Manuel Azaña. Eramos él y yo los paseantes melancólicos por la orilla izquierda del Sena.

¿ Sería posible que, apenas transcurridos veinte años de la otra guerra, sobre los mismos campos de dolor y de victoria, se extendiese ahora la derrota y la destrucción de Francia ?

Si; ha sido posible. Francia se ha perdido, sin que las bombas alemanas hayan destrozado la cúpula del Instituto ni las torres truncadas de Nôtre-Dame. Se han salvado las piedras, sobre las cuales el poeta francés pudo escribir: " las más bellas piedras de la patria no son la patria "

No lo son ya, ciertamente, porque de ellas ha escapado el espíritu de Francia para refugiarse en las ruinas gloriosas de la parroquia cervantina de Alcalá y de la catedral de San Pablo de Londres...

¿ Qué misteriosa atracción ejercía Francia sobre los hombres libres del mundo para que todos hayamos sentido, como un desgarro de nuestras vidas, la pérdida de Francia ?

Acaso muchos españoles sólo conocieron de Francia el campo de concentración, el " desierto profanado " de que nos habló Benjamín Jarnés. Quizás sólo conocieron a un hombre en Francia: al jefe mili-

tar del campo, hermano espiritual del ayudante Flick o al gendarme, en aquel terrible drama de la falta de papeles en regla, que inspiró al poeta anónimo acosado por los agentes de la Prefectura, esta parodia:

" Blanco, que te quiero blanco,
blanco, mi " recepissé ";
verde, que te quiero verde,
verde, mi " laissez-passer "

A estos hermanos españoles y a los que todavía hoy viven - o mueren en los campos de concentración quiero decir que, detrás de los fusiles y de las bayonetas de los senegaleses, había algo más en Francia. La realidad de Francia, para muchos de nuestros hermanos, fué sólo"desierto profanado ". Que ellos me permitan hacer esta afirmación: la verdad es casi siempre distinta a la realidad. La verdad de Francia era algo más que aquella realidad.

Yo quise conocer la verdad de Francia. En esa verdad profunda reside, seguramente, el secreto de su seducción: no en los tristes episodios de su realidad cercana. Se ha atribuído tal atracción al imán de la cultura francesa, a la fuerza ideal de su gran Revolución, a la dulzura y tolerancia de su vida, a su maravilloso grado de civilización, al poder expansivo de su democracia política. Todo ello ha servido, sin duda, para formar la imagen ideal de nuestra Francia. Pero existen otros tipos de cultura y civilización, otros faros de ideas, otros sistemas de democracia, quizás no tan equilibrados y sutiles, pero sí tan robustos y vigorosos, y que no han logrado, sin embargo, esa fuerza de atracción, ese profundo sentido humano que, en Francia, ha seducido a los hombres libres de nuestro tiempo.

El supremo he -

chizo de Francia reside- ciertamente en ser el pueblo que con más pa - sión, con más fuerza de ideales, ha cultivado el espíritu humano, la personalidad, la dignidad y la independencia del hombre, el sentimien to de libertad y de justicia. Francia, entre los pueblos y entre los hombres, ha ejercido, como pueblo, la función de " clerc ", en el sen tido laico que da al vocablo el escritor francés Julien Benda. En "la trahisson des clercs" Julien Benda atribuye la crisis moral de nues - tra época a la traición de los espíritus selectos de los moralistas, de los pensadores, de los intelectuales puros, pues todo esto quiere decir " clerc " y no simplemente clérigo o letrado - que sería su traducción literal - luces y momentos de la conciencia universal que desertaron de la contínua y desinteresada lucha en defensa de los va- lores permanentes del espíritu humano, para abrazar causas terrenas y utilitarias, inspiradas en consideraciones de política, de raza, de religión, de clase o de intereses.

La doctrina de Benda, el escritor amigo de nuestra España, ayuda a comprender el fenómeno francés. Nuestra Francia fué como pueblo -si ya no lo es - el "clerc" que no traicionó.

También ayuda a comprender el hechizo de Francia otro buen amigo nuestro, otro escritor francés que fué testigo de nuestro drama y aportó a su historia uno de los documentos más vibrantes y emotivos. Cito a Georges Bernanos quien al hablar de la cultura francesa " real- mente desinteresada " - dice - y la "más llena de sentido humano " - añade, que es"un hogar y no una fortaleza, un asilo abierto a todos los hombres de buena voluntad, algo universal y común a toda la hu - manidad. "

A la luz de estas ideas de los dos escritores franceses, el ju -

dío y el católico, irán apareciendo claras, incluso para los hombres de los campos de concentración, las palabras llenas de angustia de Manuel Azaña, mientras paseábamos, una tarde del último verano de paz, por el viejo París.

En esta busca de la verdad de Francia he de seguir pidiendo ayuda a lecturas lejanas de libros que creo perdidos entre los escombros del barrio de Argüelles o entre los de cierto pueblecito de la marina valenciana, y también a mis recuerdos de periodista que ha ejercido durante varios años su profesión en Francia. Reminiscencias de lecturas y observaciones propias se confunden en este momento en imágenes borrosas, hasta el punto de que no acierto a fijar cada perfil. Pero estoy seguro de que si algo interesante y acertado se encuentra en esta explicación de Francia se debe a los libros que dejaron tal huella en el lector de hace años.

Un excelente punto de referencia para intentar la explicación de Francia es la historia de su tercera República, que nace en Sedán, en el desastre del 70, y muere en este otro Sedán, del 40. Es una historia cerrada por los dos grandes paréntesis formados por la capitulación de Napoleón el Pequeño y lacapitulación de Pétain. La " débâcle " se reproduce exactamente en los mismos lugares y ante el mismo enemigo. A la distancia de esos 70 años no hay otra diferencia que la de la magnitud de la catástrofe, debida al perfeccionamiento de las máquinas de guerra y de los elementos de destrucción.

El advenimiento de la III República, cualquiera que sea su origen dramático, clasifica a Francia como país de lo oportuno. Francia, es en efecto, el pueblo que hacía las cosas a su tiempo. Podríamos es -

tablecer, desde este punto de vista, el contraste con nuestra España, condenada, al parecer, a realizar las cosas a destiempo, unas veces muy pronto - anticipándose con intuición genial - y otras, las más, muy tarde. En la historia de Francia encontramos, desde luego, sucesos excesivos o prematuros, pero vemos cómo, inmediatamente, su misma historia los corrige y rectifica. El equilibrio francés, al que habremos de referirnos, corresponde al equilibrio en el tiempo de su propia historia. Ya explicaremos también, cómo ese equilibrio se rompe, al fin, y salta la cuerda en el reloj de Francia.

La República del 70 dió tiempo a Francia para encauzar la gran transformación política y social reclamada por la vida moderna. Nuestra República del 31, en cambio, llega a España con más de medio siglo de retraso y encuentra agravados, como tumores anacrónicos los problemas políticos, religiosos y sociales que Francia ha podido ir resolviendo por la propia virtud de su régimen republicano. Mientras la República en Francia, crea el segundo imperio colonial del mundo, nuestra Monarquía pierde los restos del que fué el primero y más poderoso; mientras el desastre del 98 nos hunde en el pesimismo, la República levanta a Francia sobre el desastre del 70; mientras la monarquía disgrega espiritualmente a España, la República consolida la unidad de Francia. He ahí una tremenda diferencia entre ser República o no serlo. Francia lo fué a tiempo. España, demasiado tarde.

Esta III República francesa es, pues, un régimen oportuno. Nace de las ruinas del 2º Imperio, sacudidas por los apóstrofes iracundos del desterrado de Guernesey. Prisionero el Emperador, traidores o fugitivos los generales, vencido el Ejército - Ejército de leones mandados por asnos, según Victor Hugo - entregadas las banderas; el pueblo proclama un Gobierno de Defensa Nacional, cuyas únicas armas pa -

ra defender la Patria invadida soh en aquel momento la palabra de Gambetta y la decisión heroica del pueblo de París. Los republicanos patriotas quieren continuar la guerra, mientras clericales, legitimistas, y toda clase de monárquicos y reaccionarios llevan a Burdeos sus almas derrotadas y aceptan la paz impuesta por Bismarck. En Versalles se proclama el Imperio alemán.

La República, a poco de nacer, ya no es República. La secuestran sus enemigos que hacen de ella un régimen ambiguo. El ambicioso y diminuto Thiers, ex-Ministro de Luis Felipe, " vivo como un ratón, feroz como un tigre " - dice uno de sus biógrafos - es Presidente del Poder Ejecutivo y ahoga en sangre la insurrección patriótica de la Commune parisien. Este contraste entre el sentimiento patriótico del pueblo francés y el pacifismo derrotista de sus clases conservadoras se repetirá a lo largo de la historia de la III República, desde Thiers hasta Pétain. El republicanismo jacobino, popular y revolucionario representa lo más puro y heroico del patriotismo francés, mientras las clases conservadoras están siempre dispuestas a la claudicación, a la derrota, a la aceptación del hecho consumado...

La historia repite su paralelo hasta nuestros días. Los hombres de izquierda están hoy en Francia perseguidos por los capituladores de Vichy, que los acusan de haber hecho la guerra. Esto es, los acusan sencillamente, del delito de patriotismo.

En el pueblo francés, en el puro jacobino, la defensa de la patria se confunde siempre con la defensa de la libertad y de la gran tradición revolucionaria de Francia. Este patriotismo pupular, revolucionario, que es en el pueblo un sentimiento y en las clases intelectuales una actitud moral, tiene, sin embargo, un profundo sentido antimilita-

rista, antiimperialista, humanitarista, pacifista, mientras que las clases conservadoras - dispuestas como decimos, a la claudicación -, son, por contraste, nacionalistas, militaristas, imperialistas, chauvinistas, para decirlo con palabra francesa.

En tanto el " patriotismo " es un vocablo explotado por el chauvinismo, el buen patriota francés puede llegar a manifestaciones de retórica antipatriótica. N o me refiero a gestos demagógicos como los de ese viejo granuja de Gustavo Hervé, que hace treinta años se decía dispuesto a plantar la bandera de Francia en un estercolero y hoy se deja plantar en el estercolero, que es su pluma, la bota de Hitler. Me refiero a actitudes de perfecta limpieza moral. Uno de los más finos espíritus de Francia, Jules Renard, ha dejado escrita en su "Diario " íntimo, esta confesión: " En el fondo de todo patriotismo hay la guerra; por eso no soy patriota ". Pero pocas semanas después, cuando tras la espectacular visita de Guillermo II a Tánger, Alemania amenaza de nuevo a Francia, Jules Renard escribe en su mismo "Diario" Pienso que en caso de guerra, sería patriota " Esto es: en caso de guerra, al ver amenazada no ya su vida, sino su libertad.

Leon Blum cuando todavía era más escritor que político, definió este complejo patriótico, con las siguientes palabras: "Soypatriota, de ese patriotismo que canta Victor Hugo en"Los Castigos " y que quisiera imponer al mundo, aunque fuese por la fuerza, el sentido de humanidad; y cuyo ideal sería suprimir toda clase de patriotismo.

Descubrimos con este contraste - patriotismo combativo, pacifista y revolucionario frente a chauvinismo derrotista, militarista y conservador - el secreto de una de estas oposiciones profundas que, por su propio juego, producen el equilibrio francés. Contrastes en las ideas y en los actos de un pueblo que habiendo hecho su biblia

del " Discurso del Método ", posee, junto a las "virtudes clásicas ", un desconcertante fondo paradójico.

Extraordinaria paradoja política es el mismo nacimiento de la III República, creada, como hemos dicho, por impulso popular, pero secuestrada en seguida por reaccionarios y monárquicos que son, en fin de cuentas, quienes dan forma legal al nuevo régimen. La III República es, en efecto, una creación involuntaria de los monárquicos franceses. De todos es sabido, que durante la hipócrita Regencia del Mariscal Mac-Mahon, sucesor de Thiers en la Jefatura del Estado y antecesor en el mismo cargo del mariscal Pétain, la monarquía no llegó a restablecerse en Francia por la intransigencia del conde de Chambord, que invitado a reinar por la mayoría monárquica de la Asamblea Nacional, se negó a convertirse en " rey legítimo de la Revolución" y a cambiar la enseña blanca de"la Casa de Francia " por la bandera tricolor que había adoptado y cubierto de gloria la Revolución.

La obstinación del que estuvo a punto de ser Enrique V, dejó, pues, a Francia sin rey y aseguró la vida legal de la III República. La aseguró, como se sabe, por un solo voto de mayoría, al aprobarse, en la discusión de las leyes constitucionales, la célebre enmienda Wallon que establecía el principio electivo del Presidente de la República. ¡ Un solo voto de mayoría en una Asamblea monárquica, y la República ha durado 70 años ! Reconozcamos que no es sólo España el país de lo inesperado.

Durante estos 70 años, Francia ha vivido políticamente en República, pero regida por una Constitución hecha por monárquicos. El sistema constitucional francés del 75 es doctrinalmente monárquico, de monarquía liberal y parlamentaria, como corresponde al propósi -

to de sus autores. Es un sistema de precaución, recelo y desconfianza, basado en el temor al poder personal del soberano. No es una creación natural de la escuela constitucional francesa, sino de la inglesa; esto es del sistema monárquico parlamentario. En la Constitución de la III República, la figura del Presidente, salvo por su carácter electivo, tiene cierta semejanza con la de un rey constitucional de tipo británico. El cargo, en efecto, está pensado para un príncipe; más concretamente para un Orléans, considerados entonces como la rama liberal de la dinastía francesa. El Presidente de la República francesa, reina, pero no gobierna.

Este sistema estrictamente liberal y parlamentario de la constitución francesa no ha impedido el desarrollo de una audaz política republicana, democrática, laica y revolucionaria, sino, al contrario, ha dado a esa política una base sólida y segura. Esa base ha sido el Parlamento. Durante los últimos 25 años del siglo pasado y los primeros de éste, Francia va a la cabeza del progreso político de Europa. Ello demuestra que la garantía y defensa de una política avanzada no reside sólo en un texto, sino en la lealtad y el impulso creador de los hombres que han de realizarla, y, en fin de cuentas, ese ejemplo francés justifica nuestro excepticismo en materia de literatura constitucional.

El principio constitucional de resistencia o temor al poder personal del Jefe del Estado, explica, por otra parte, el hecho de que sistemáticamente, la III República haya alejado de su presidencia a sus personalidades políticas más vigorosas y fuertes. Ni Gambetta, ni Waldeck, Rousseau, ni Clemenceau, ni Jaurés, ni Briand, ni Painlevé, ni Herriot han sido, en efecto, presidentes de la República.

La resistencia al poder personal del Jefe del Estado que, constitucionalmente, está confiada al Parlamento, se transforma en la realidad política de la III República en resistencia del ciudadano al poder abusivo e impersonal de la administración, a la fuerza opresiva del Estado, resistencia confiada por el elector al diputado, que en cuanto representa la defensa del individuo, de cada ciudadano, se convierte en el personaje clave del régimen. El elector francés suele ver en su diputado, más que al legislador, al protector de sus derechos, al representante y defensor de su independencia política. La política republicana francesa tiene por eje la salvaguardia de losderechos del hombre.

Hemos señalado esa paradoja en el mecanismo político francés para llegar a la explicación posible de lo que fué el orden, el equilibrio político de Francia bajo la III República. Equilibrio que se produce, sobre cimientos paradójicos, porque las fuerzas que entran en juego en él para destruirse y compensarse corresponden a las fuerzas en combate permanente que luchan en lo profundo de la sociedad francesa y más hondamente en cada hombre de Francia. Así como el paisaje francés es aquél donde más fundido aparecen la naturaleza y el hombre, es decir, el paisaje de mayor calidad humana, en el espectáculo político francés de las III República, el régimen aparece más fundido al individuo, al ciudadano, al hombre de la calle: esto es, tiene también mayor calidad humana.

El culto del individualismo, la pasión de la libertad personal, el empeño por vencer las fuerzas oscuras que dominan la conciencia del hombre, rigen la política francesa durante la III República. René Viviani, ministro del Trabajo en el primer Gobierno presidido por Cle -

menceau en uno de sus más bellos períodos de elocuencia, pronunció desde la tribuna de la Cámara estas magníficas palabras: " La Revolución francesa ha despertado en el hombre todas las audanias de la conciencia y todas las ambiciones del pensamiento . No fué bastante. La Revolución de 1848 dió al hombre el sufragio universal; levantó al trabajador doblado por el peso de su tarea e hizo del más humilde el igual político del más poderoso. No fué bastante. La tercera República ha llamado junto a ella a los hijos de los campesinos, a los hijos de los obreros, y en esas mentes oscuras, en esas conciencias en tinieblas, ha vertido lentamente el germen revolucionario de la instrucción. Tampoco fué bastante. Todos juntos, por nuestros padres, por nuestros mayores, por nosotros mismos, nos consagramos en el pasado a una obra de irreligión y hemos arrancado las creencias de las conciencias humanas. Cuando un miserable, fatigado por el peso de la jornada, doblaba las rodillas, lo hemos levantado, lo hemos dicho que detrás de las nubes sólo hay quimeras. Juntos y con gesto magnífico, hemos apagado en el cielo las luminarias que no volverán a encenderse"

Este sentido humano racionalista de la política es la creación genial del radicalismo, doctrina esencialmente francesa, que no es exactamente el liberalismo europeo y que podríamos definir como el espíritu de la Gran Revolución hecho carne en el hombre que trabaja y quiere ser económicamente independiente: es decir, en el pequeño burgués idealista.

El radicalismo francés, cuyos precursores son los grandes espíritus, los " clercs " del siglo XVIII, es la doctrina de la dignidad de la persona humana. Es una doctrina que se transforma en sistema político y social por la lucha constante entre el idealismo revolucionario y la aspiración al bienestar material del hombre, y de la

cual lucha, como hemos dicho, hace el equilibrio francés. Cierto que al hablar de radicalismo no señalo fronteras ni límites de partido o de grupo, sino que abarco las manifestaciones políticas que llamamos genéricamente de izquierda y que, en Francia, sólo son evoluciones de ese radicalismo original. Se deja de ser radical en Francia, en el aspecto formal de la filiación y de la disciplina de partido, para ser socialista o quizás algo más, por un afán de superación, de progreso ideal, pero sin perder la condición radical de pequeño burgués, que constituye el elemento estabilizador, la fuerza de equilibrio. La sorpresa, donosamente recogida por André Siegfried, de aquel elector francés extrañado de que su diputado siguiese siendo radical-socialista como en años anteriores, y a quien preguntaba intrigado: "Entonces ¿ Usted no progresa ? ", constituye una profunda explicación de este concepto de evolución política.

El mismo André Siegfried ha propuesto esta definición del burgués - se refiere naturalmente al pequeño burgués - aquél que tiene algo ahorrado. Y podríamos añadir: o que tiene el deseo de ahorrar.

Esta definición, que aceptamos, traza los rasgos sociales del radicalismo y señala una diferencia fundamental con el tipo social creado por otras democracias - por ejemplo: las americanas - en las cuales la base económica de la sociedad no es el ahorro, sino el crédito; esto es, el ahorro al revés, el ahorro con efectos retroactivos, que empieza por el gasto y acaba por la amortización. Aceptando la definición de Siegfried, raro es el " francés medio " - la expresión es de un ilustre radical - en el que no podamos descubrir un burqués, un pequeño burgués, por pequeño que sea y cualquiera que sea su bautismo político y sus anhelos revolucionarios. Añadiremos que su con-

dición de pequeño burgués es lo que permite al francés ser revolucionario: es decir, idealista y preocuparse de las grandes causas humanas. Por todo ello, una de las más graves crisis en la sociedad francesa se produce cuando, con la caída o más bien la evaporización del franco, se pierde la razón del ahorro, y surge la lotería, que no es la especulación, ejercicio poético de la imaginación en busca de ganancias hipotéticas, sino que representa simplemente la economía de lo milagroso, de lo imprevisto, de la riqueza sin trabajo ni esfuerzo creador. En el momento en que Francia implanta la lotería, no hace muchos años, se quiebra el resorte íntimo de la Francia pequeño burguesas, ahorradora individualista, racionalista, creada, céntimo a céntimo, luis a luis, con sordidez aledeana y con idealismo revolucionario.

El " francés medio ", por revolucionario que sea idelamente, tiene una aspiración: ahorrar, poseer una casita en el campo, un pedacito de huerta, una caña de pescar y retirarse a saborear su vejez con la lectura diaria de un periódico muy de izquierda. Tan de izquierda como se quiera, pero sin que ponga en peligro su casita, su huerto, su caña de pescar, ni mucho menos la libertad de pluma y de palabra de quienes escriben aquel mismo periódico que es su ventana abierta al ideal.

Recordando este tipo social de " francés medio " formado por el radicalismo, he pensado alguna vez que la intuición más sagaz en el deseo de formar una democracia en España, fué aquella aspiración que D. Francisco Maciá expresaba deseando para cada familia catalana : " una caseta i un hortet "

¿ Cuál es el número de pequeños burgueses en Francia ? O en otra

forma ¿ cual es la base popular del radicalismo francés ? Tratemos de recordar algunas cifras, aunque con la desconfianza que suelen inspirarnos las estadístic as, forma matemática de la mentira, como se ha dicho. Francia tiene cinco millones de pequeños propietarios rurales, cerca de millón y medio de artesanos trabajando por su cuenta o con el concurso familiar, unos 750.000 pequeños patronos o empresarios y acaso más de un millón de personas que ejercen profesiones liberales. Comparad la suma de esas cifras con el total de lo que puede llamarse " población activa " de Francia, que debe ser de unos veinte millones de individuos, y llegaremos a comprender el fenómeno del radicalismo francés. El número de asalariados regulares en las distintas ramas de la industria y del comercio de Francia, acaso ascienda a cinco millones, pero una gran mayoría de éstos goza de cierto bienestar y en el ahorro ha descubierto su ignorada filiación social. En general, el tipo de vida y de civilización de un obrero calificado francés es superior al de un noble húngaro o al de un gachupín.

Ese obrero, representativo del individualismo francés, idealmente revoludonario, sentía, sin embargo, una instintiva resistencia a la sind-icación como obrero, aunque no a la filiación política como ciudadano. Una de mis grandes sorpresas al empezar a conocer Francia, allá por el año 23, fué descubrir que en aquella época, las dos grandes centrales sindicales francesas - La C.G.T. reformista y la - C.G.T.U de dirección comunista - apenas agrupaban unos 500.000 - obreros en toda Francia. Sólo en época más reciente, a raíz del triunfo electoral del Frente Popular,se produce en Francia una fuerte corriente hacia la sindicación. La C.G.T. en la que se han fundido los dos organismos obreros, y que los comunistas tratan de maniobrar, reúne entonces unos cinco millones de afiliados. Pero, aunque nos resistamos a establecer deducciones lógicas, lo cierto es que ese fe -

nómeno se produce cuando Francia entra en un período crítico de desequilibrio.

Otro hecho curioso que explica el fondo pequeño burgués - sin excedernos de la definición de André Siegfried - de las masas francesas, incluso de las teóricamente más revolucionarias, es el siguiente: ¿Sabeis cuál fué la primera creación del Partido Comunista francés en aquella época infantil y heroica del lenimismo revolucionario ? Pues un Banco. " Banque Ouvrière et Paysanne ", desde luego, Banco obrero y campesino, para distinguirlo de los establecimientos similares del gran capitalismo, pero Banco, al fin, como lo hubiese podido organizar nuestro buen amigo Julio Carabias, y el cual tenía en sus cuentas corrientes y de ahorro más de treinta millones de francos, depositados por los que Jacques Doriot, que entonces era todavía comunista llamaba en el couplet de "La Internacional ", los " damnés de la terre ".

El radicalismo francés, decíamos, crea, pues, un tipo social complejo, del que nace también un tipo político de igual complejidad y en el cual se alían el afán de progreso, la extinción de las luminarias del cielo, la pasión por la justicia y la libertad, el idealismo revolucionario, la aspiración al bienestar, y eso que de modo tan divertido decíamos los españoles: "la previsión del porvenir ". En resumen, cuanto hace a los hombres realmente libres.

Este hombre libre, pero socialmente seguro, al que han dado alma Voltaire y Zola, Rousseau y Victor Hugo, y al que han dado cuerpo al mismo tiempo los platos más sabrosos de la sabia y armónica cocina francesa y los vinos más conspicuos de las venerables bodegas - tan distintos del agua de Vichy, que es hoy la bebida forzosa en Francia- de la Borgoña, realiza la unión más perfecta de lo ideal y lo real,

del espíritu y de la materia. Un Cervantes francés, hubiera hecho un solo personaje de D. Quijote y Sancho, y de él un simbolo del radicalismo. Este personaje complicado, producto de una lenta obra de civilización, está siempre dispuesto a las mayores audacias del pensamiento y a defender al mismo tiempo cuanto hace amable y grata la vida. Su lema político parece ser el de aquel canto meridional - citado también por André Siegfried - que exclamaba : " ¡ Toujours à gauche, mais pas plus loin ". Siempre a la izquierda, pero no más lejos. El radicalismo francés es una doctrina de razón, no de aventuras.

El espíritu pequeño burgués del radicalismo no es una improvisación. Tiene, como la propia doctrina radical, una ilustre raíz revolucionaria. Procede de la "Declaración de los Derechos del Hombre " que es la pieza maestra de la Revolución.

Ese espíritu pequeño burgués, nada tiene que ver con las monstruosas creaciones del capitalismo moderno. Conviene hacer esa aclaración para evitar confusiones que podrían crearse por el valor que cada cual diera a los vocablos. Yo he aceptado una definición del vocablo que estoy usando y no acepto otra para los fines que persigo. Ese espíritu pequeño burgués tampoco tiene nada que ver con la oligarquía financiera de las 200 familias, sus afanes de dominio político y la presión de sus intereses sobre el Gobierno. Contra esas potencias capitalistas lucha el pequeño burgués de Francia - que es también el obrero, como he dicho - con tanta decisión como contra el despotismo político y contra la Iglesia, porque representa también un poder de dominación. El espíritu pequeño burgués a que me refiero, tiende a la democratización del bienestar, a la difusión de los medios materiales que el progreso pone al alcance del hombre y, en de-

finitiva, a su libertad. El enemigo del espíritu pequeño burgués es precisamente el gran capitalismo, que tiende a destruirlo. Ello explica que Francia se haya resistido, como ningún otro país, a la invasión de esa gigantesca creación del capitalismo industrial moderno que es la producción en serie y que convierte al obrero en un autómata, en un simple eslabón de la gran cadena mecánica. Así como el paisaje de Francia, decíamos, es el más fundido con el hombre, todavía Francia aspira a que la máquina sea más dócil al hombre, a que la máquina no anule y absorba al hombre. El signo francés de esa resistencia al maquinismo es también el individualismo.

Ese espíritu burgués es contrario también a la política de intereses, que jamás ha sido popular en Francia. Albert Thibaudet afirma que " nada tiene que hacer en Francia un partido que inscriba en su programa la palabra : "intereses ". Y Giraudoux ha descrito el Parlamento de Francia como " una doble academia encargada de velar por ciertas conquistas limitadas, pero excesivamente precisas, que son los derechos políticos del francés ".

Pero, si esta acción que maneja preferentemente símbolos e ideales es la obra del radicalismo ¿ qué hacen en Francia los partidos de clase ? Ya hemos dicho que el socialismo, en Francia, es una evolución política, un afán de progreso con relación al radicalismo, un impulso idealista, sentimental, humanitarista, pero que conserva su raíz " pequeño burguesa ". Su lema puede ser también: " Toujours à gauche, mais pas plus loin ".

Los precursores del socialismo francés, Saint-Simon, Fourier, Comte, basan sus teorías en principios generales, utópicos, humanitarios, evangélicos. Más que un movimiento de acción política y social crean una nueva mística, una religión nueva que aspira a " la armonía de la Sociedad ", al concierto voluntario de los hombres libres unidos en

en la obra común por amor al trabajo. Los saint-simonianos más que agitadores sociales, son verdaderos apóstoles.

Por imprevista paradoja resultan ser los primeros "falangistas ", pues dan el nombre de "falange " al grupo de 1800 personas que deben habitar en el gran " falansterio " con bodega, cocina y despensa comunes, y en el cual tendrían una vida fácil los sabios y los artistas.

El socialismo roussoniano y utópico de los precursores franceses no se reconocería en el socialismo de Marx, que es un sistema científico de investigación y explicación de los hechos económicos. Aquél está elaborado con el corazón, con el sentimiento; éste con estadísticas y leyes matemáticas.

La oposición entre el concepto alemán del socialismo y el concepto francés, aún en tiempos más modernos, es evidente. Jaurés imprime al socialismo un sello humanitarista autenticamente francés. El fenómeno del socialismo político alemán durante el Imperio desconcierta a los franceses, que se sienten interpretados por Clemenceau cuando éste pregunta a los socialistas alemanes " ¿ En qué inmenso cuartel quereis convertir a la humanidad ? ¿ En qué masa sin hombres quereis convertir al pueblo ?

Cuando Jaurés funda su diario socialista, no busca el título entre las expresiones de cólera y de combate que figuran frecuentemente en las cabeceras de los periódicos de clase. Lo titula "La Humanidad " . Jaurés, elegido por los mineros de Carmaux, es el aliado político del radicalismo francés. Sus enemigos lo designan irónicamente " ministro de la palabra " de los gobiernos radicales a los que defiende desde su escaño de diputado con su incomparable

elocuencia ¿ Qué gran batalla libran Jaurés y sus discípulos socialistas ? Una gran batalla, no social, sino política, en defensa de la justicia: la gran batalla del " affaire" Dreyfus.

Contra la opinión de algunos socialistas - entre ellos Millerand, tránsfuga poco después - partidarios de abstenerse en aquella enconada lucha civil, porque ni Dreyfus ni Zola son socialistas, sino burgueses, Jaurés con Guerde y Vaillant, las tres grandes figuras del socialismo francés, se lanza ardientemente a la pelea. "El "Yo acuso " de Zola - dicen - es el acto revolucionario más grande del siglo "! Y el propio Jaurés ha referido cual era, ante aquel hondo problema de conciencia, la preocupación de los socialistas que le acompañaban: " Si se toleraba la injusticia ¿ Qué harían los socialistas de una sociedad envilecida ? La profunda preocupación de Jaurés, ajena a todo interés inmediato de clase, era evitar que se pudriese lo que hay de noble en el hombre, era, en fin, salvar la personalidad humana. He ahí la gran coincidencia socialista con el radicalismo francés.

Y téngase finalmente en cuenta que el programa social del radicalismo francés, trazado por Clemenceau en su famoso discruso de Marsella del año 81, para oponerlo al programa conservador del "gambettismo " oportunista, y que da nacimiento al radical-socialismo, es muy parecido, en líneas generales, al último programa mínimo aprobado para una acción inmediata de gobierno por el partido socialista francés.

El radicalismo es pues, la inspiración y la fuerza impulsora del régimen que se va consolidando y perfeccionando a través de las grandes luchas de nuestra época, y en las que la práctica de la liber -

tad y de la democracia actúan como válvulas de seguridad: de la "Commune " al " orden moral"; de las agitaciones anticoloniales contra Jules Ferry al " boulangisme "; de las luchas sociales - y políticas de Fournier y Carmaux al escándalo financiero de Panamá; de los atentados anarquistas á la gran agitación de la conciencia que significa el " affaire" ; de la política social de Waldeck-Rousseau a la política laica del " pere Combes "; de la explosión nacionalista de la post-guerra al cartel de izquierdas; del 6 de Febrero al Frente Popular; hasta caer al fin, la República, invadido su territorio y vencido su ejército en las manos decrépitas del mariscal Petain.

Esos momentos de agitación que quedan indicados marcan movimientos de péndulo de izquierda a derecha y en ese flujo y reflujo de la marea política francesa, la táctica genial del radicalismo consiste en no luchar al mismo tiempo en dos frentes: el de las ideas y el de los intereses, el de la Iglesia y el de la Banca, a fin de evitar que una coalición de enemigos pueda derribar al régimen. Es una lección de prudencia y sabiduría política que debimos aprovechar los republicanos españoles. En Francia, las grandes conquistas políticas se logran en los períodos de paz social y los avances sociales en momentos de quietud política. Un gobierno políticamente conservador establece el impuesto sobre la renta y un gobierno socialmente conservador realiza la separación de la Iglesia y el Estado. Cuando el Gobierno trata de luchar en los dos frentes - caso del cartel de izquierdas en 1926 y de Blum en 1936 y, en sentido opuesto, el de Doumergue en 1935, la experiencia fracasa.

Esta función mecánica de estabilización en la política francesa corresponde a la paradoja interna del francés, idealista y pequeño burgués.

La función estabilizadora se logra además, porque el radicalismo con táctica oportunista, se apodera de los puestos de mando de la República, tan pronto como le es posible y procura no soltarlos ya de la mano. Durante 50 años tiene en su poder el Ministerio del Interior; durante cincuenta años da la razón al maestro y al médico rural -fervientemente republicanos - contra el cura y el personajillo reaccionario local; durante cincuenta años dirige la escuela laica y hace de su creador, el venerable Ferdinand Buisson, la figura más respetada del régimen; durante cincuenta años impone la supremacía del poder civil, apartando de la política a los militares, que, por otra parte, bastante tienen que hacer con mirar a la frontera del Rin; durante cincuenta años impone la tolerancia religiosa y vence al fanatismo, oponiendo a la agresión clerical la fuerza de la francmasonería - que es algo así como la religión del radicalismo ; durante cincuenta años impide que la creación absorbente del Estado moderno anule al individuo; y durante cincuenta años establece los sistemas electorales que aseguran la defensa de la República.

El equilibrio político y social de la III República imprime su huella profunda en la sociedad francesa, que ha dado un maravilloso ejemplo de tolerancia, de libertad, de civilización. Francia durante los años que alcanza nuestra vida, ha sido en el mundo una gran fuerza del espíritu, que alguien ha expresado en esta ecuación: Francia: una nación: un ideal. Sólo de Francia se ha dicho que los hombres de todos los países tienen - ¡ perdón! tenían - dos patrias: la suya y Francia. Francia ha sido, pues, una patria común del espíritu de los hombres.

Ha podido decirse también, que una causa justa no conmovía la conciencia universal mientras no la apadrinaba Francia. El odio de los reaccionarios de todo el mundo, de modo especial el odio de los reaccionarios españoles a Francia no es otra cosa que temor a la fuerza expansiva que infundía Francia a los ideales humanos, a la creación internacional del humanismo. En el fondo de la germanofilia española del 14 había un oscuro resentimiento por la campaña francesa en favor de Francisco Ferrer. Ante una gran causa humana, el idealismo lanza al francés a la actitud heroica. El apacible Jules Renard, pequeño burgués típico, escribe el día de la condena de Zola: " Juro que Zola es inocente. Y declaro que hoy siento un gusto repentino y apasionado por las barricadas.

Cierto que ha existido - y existe hoy más que ayer - otra Francia: la Francia chauvinista y clerical, la de los políticos equilibristas o corrompidos, la de la Prensa venal, la de la aristocracia financiera, la de los intelectuales que traicionaron, la de las claudicaciones ante la barbarie hitleriana y la carnavalada mussolinista, la Francia, en fin, del gendarme implacable y de los campos de concentración. Pero ésa no es nuestra Francia; es la otra. Es una adulteración, una desfiguración de Francia en el espejo grotesco que falsea su verdadera imagen. Los mejores franceses no se reconocen en ella. Albert Bayet lo ha dicho con estas palabras : " Nunca Francia ha sido tan francesa como en el momento en que, habiendo conquistado la libertad, proclama no los derechos de quienes viven sobre su suelo, sino los derechos de todos, los Derechos del Hombre ". De donde deducimos que la otra Francia es la menos francesa.

Pero, se dirá : con todas estas virtudes, con esa acción fecunda de la democracia, con tal maravilla de equilibrio que era su sociedad y con el prodigio de estabilización que era su régimen ¿ cómo se ha perdido Francia ? Sólo la explicación de la otra Francia podría darnos la respuesta, y también el examen de lo que la guerra actual tiene de guerra civil interior y no de guerra internacional; de lucha horizontal de las distintas capas sociales dentro de cada nación y no de lucha vertical, de pueblo contra pueblo, en el límite de las fonteras. El equilibrio de la sociedad y del régimen franceses se quiebra, al fin, por el choque de dos fuerzas extremas producidas por los fenómenos totalistarios europeos: es decir el fenómeno comunista y el fenómeno nazifascista. El día en que el fenómeno comunista sitúa fuera de Francia la dirección política y espiritual de grandes masas obreras, destruyendo en ellas el espíritu individualista, revolucionario y jacobino,y preparándolas docilmente a la obediencia de monstruosas consignas contra Francia y contra la propia libertad; el día en que el fenómeno nazifascista seduce, por el terror, a las clases conservadoras, y, por la dádiva, a quienes se dejan comprar; y emponzoña la inclinación pacifista del francés medio preguntándole pérfidamente : ¿ Morir por Praga ? ¿ Morir por Dantzig ? y las doscientas familias hacen de Hitler el Lohengrin del orden social; ese día quedan rotos los resortes franceses.

En el terreno internacional, esos resortes se desgastan y quiebran en la política de vacilación que realizan, desde el fin de la otra guerra, las dos grandes potencias democráticas europeas, y que da como resultado una serie de claudicaciones frente a la política agresiva de los dictadores, y que conducen a la política de " no intervención" que es el suicidio de Francia y la vergüenza de Munich, que es el suicidio

de Europa.

Cuando, al fin, Inglaterra y Francia resuelven oponer su fuerza a las ambiciones de Hitler, es demasiado tarde. Hitler ha logrado ya enormes ventajas estratégicas y políticas en una Europa amedrentada. Cuando estalla la guerra, Francia no está preparada moral ni materialmente para conducirla con decisión hasta la Victoria. No hay un Clemenceau que diga: " Je fais la guerre " Los comunistas organizan el sabotaje en la producción; los hitlerianos franceses en la política. En plena guerra las fábricas de armamento no trabajaban de noche. Las compras en el extranjero se hacían con parsimonia,esperando una guerra larga . ¿ Habían leído los franceses la nueva biblia germánica, el "Mein Kampf de Hitler ? Se pudrían en los campos de concentración o reventaban de fatiga en las compañías de trabajo los combatientes de la Libertad, los obreros españoles dispuestos a trabajar y a luchar por Francia. Francia no acertaba a descubrir ni aun dentro de sus propias fronteras a sus amigos ni a sus enemigos. Bajo la censura de guerra, cierta Prensa vendida, seguí inspirando a los republicanos españoles, dispuestos a defender a Francia, y elogiaba, al mismo tiempo a Lequerica, antiguo agente alemán en Vizcaya, dispuesto a apadrinar la entrega de Francia.

Y así se llega al desastre de Junio de 1940, al fin de la III República, destacando en el drama de sus últimos días el vano esfuerzo de resistencia de Paul Reynaud, hasta que Francia cae en manos de lo que Jean Montigny, un amigo de Bonnet, ha llamado la" Commune de Burdeos ", que agrupa bajo la astuta dirección de Laval, a los Marquet, Pietri, Bonnet, Bergery, Deat y algún otro personaje subalterno, derrotistas profesionales, instalados en una pequeña oficina del

Ayuntamiento bordelés, desde donde maniobran e intrigan hasta impedir el viaje a Argelia de los tres Presidentes - el de la República, Lebrun; el del Senado, Jeannessey, el de la Cámara, Herriot - que quieren reunir el Parlamento en un trozo libre de Francia y continuar la resistencia.

De la "Commune de Burdeos " sale nombrado Delfín de Francia un personaje de quien Carlos Maurras escribió un día: "Laval tiene madera de galeote. Su fin natural es la horca. "

El Decreto de su nombramiento se encabeza así: " Nos, Henri Philipe Petain..... "

¡ Formidable sorpresa para la sombra del "Tigre "! Recordemos esta confidencia de Clemenceau a Jean Martet: - se refiere a Marzo de 1918 - " En Dullens hallé a dos hombres: uno que decía que estábamos perdidos, y el otro que iba y venía como un loco y que quería batirse. " Probemos con el loco - me dije - Por lo menos moriremos con el fusil en la mano ". Dejé que se fuera ese hombre sensato, lleno de cordura, que era Petain y opté por el loco, que era Foch. El loco me sacó de apuros."

No discutamos las glorias, ni aun con la sombra de Clemenceau, que si se hizo inhumar verticalmente, de pie, en su tierra vandeana, no fué para mirar hachia Vichy. En la leyenda de Francia, Petain era el héroe de Verdun. No discutamos las glorias, decimos. Pero permitid que acuda a nuestro recuerdo otro nombre: el de un joven teniente, recién salido de la Academia en 1914 herido tres veces en la defensa de - Duaumont - fuerte avanzado de Verdún - recogido casi sin vida por los alemanes, y hecho, al fin, prisionero; aquel joven teniente se llamaba Charles de Gaulle.

Ese nombre abre una esperanza en el porvenir de Francia y nos vuel

ve hacia el pasado, en busca de la explicación militar del desastre francés. El gran periodista Pertinax encuentra esa explicación en lo que él llama " credo de la línea Maginot " profesado por el General Gamelin y por los grandes pontífices del Estado Mayor francés, de los cuales fué exponente el general Chauvineau en un libro al que puso prólogo el mariscal Petain; credo que fué aceptado por todos los gobiernos de Francia y que Daladier definía así: "la primera y la última palabra de la estrategia y la táctica consiste en saber cabar una trinchera y aguantar en ella sin moverse ".

El mito militar de la línea Maginot corresponde al mito político de la seguridad. Es el sistema defensivo clásico de Francia, trazado por Vauban en tiempos de Luis XIV.

Desde 1934, el entonces comandante de Gaulle había hecho oir su voz discrepante, anunciando con gran clarividencia, la ineficacia de ese sistema clásico ante las condiciones de la guerra moderna. Los estudios militares de de Gaulle, que van de " la discordia en el campo enemigo " que data de la anterior derrota alemana, a los ensayos titulados " En la punta de la espada ", culminan en dos libros fundamentales: " Hacia un Ejército profesional ", obra profética, que anuncia la catástrofe del Ejército francés y trata de evitarla, y "Francia y su Ejército ", obra considerada por algunos críticos como una especie de "Discurso del Método" del arte militar .

La doctrina del general de Gaulle es, en líneas generales, la adaptación a la guerra moderna del famoso principio de Napoleón que consiste en ser superior al enemigo en un punto determinado: esto es: concentrar las fuerzas propias para atacar al enemigo en su punto más débil. Es una teoría de movimiento y de acción. En cuanto representa la vuel -

ta a un principio militar clásico, napoleónico, las ideas de de Gaulle nada tienen de revolucionarias, pero sí lo son en cuanto se oponen al viejo concepto vaubinista y sostenido por el mandarinato rutinario del Estado Mayor francés. La aplicación del principio napoleónico a la guerra moderna la expresaba de Gaulle con la formación de un Ejército profesional de 100,000 hombres, bien dotado de tanques y aviones, que en vez de ser diseminados y alargados en las líneas del frente, como cuerpos auxiliares, penetrarían en cuña por un punto débil para destruir el frente y la retaguardia enemigos. El principio degaullista se basa en la acción rápida, fulminante de pocos hombres y muchas máquinas. Es el principio de la "guerra relámpago ", contrario al de la guerra de posiciones, y que ha inspirado en esta guerra, la táctica del Estado Mayor alemán.

" Hacia un Ejército profesional " data de 1934 . Pocos meses después de su publicación, en Marzo de 1935, Paul Reynaud, seducido por las ideas de de Gaulle, presentó al Parlamento un proyecto de ley en el que se proponía la reorganización militar trazada por de Gaulle, a base de crear divisiones blindadas cuya formación era exactamente la que más tarde dieron los alemanes a sus "panzerdivisionen " que han sido el instrumento de su victoria militar. Aquel proyecto fué desechado y no fué tenido en cuenta por el Estado Mayor formado por alguno de los hombres que hoy persiguen a Reynaud, acusado de belicista, y a de Gaulle, acusado de traidor.

Esa es la doctrina militar degaullista; pero ¿ quien es el hombre? Charles de Gaulle no puede ser clasificado en ninguna de las dos escuelas o estilos militares franceses que señala uno de sus biógra -

fos, el inglés George Slocombe, y que éste simboliza en Foch, de quien Weygand fué Jefe de Estado Mayor y en Joffre, en cuyo Estado Mayor figuró Gamelin. De Gaulle no es, pues, ni el tipo nervioso, ascético, aristocrático, académico como Foch, ni el tipo sereno, meditativo sólido y aldeano como Joffre. En de Gaulle se equilibran los dos estilos. Es un tipo deportivo, muscular, intelectual, juvenil, lleno de audacia en su acción y en sus ideas. Es hijo de un profesor de la Universidad Católica de Lille y políticamente podría ser clasificado como hombre de derechas - también lo son Reynaud y Mandel - si fuera exacta esa clasificación en un militar puro, consagrado a los problemas militares planteados en su patria amenazada, más bien que atraído por las luchas políticas. Durante su carrera militar, a la vuelta del campo de prisioneros en el que se restablece de sus heridas, y del que lo libera la victoria de 1918, es ayudante de Petain y de Weygand, vuelve a Alemania como oficial en las tropas de ocupación del Rin, desempeña misiones militares en el Irak, Irán y Egipto, es profesor de Historia militar en la Academia de Saint Cyr y de Estrategia en la Escuela de Guerra de París, ocupa la Secretaría General del Comité Técnico de Defensa militar, hace un período de práctica en la línea Maginot, toma luego el mando de un regimiento de carros y, al estallar la guerra, ascendido a general, se le nombra jefe de la Brigada motorizada del 5° Ejército y más tarde de la 4ª División blindada, al frente de la cual toma parte en las batallas para contener el doble avance de las"panzerdivisionen " hacia el mar, para cortar la comunicación con Bélgica, y hacia París para forzar la rendición de Francia. El día 6 de Junio ante la crítica situación en el Somme, Reynaud llama a París a de Gaulle y lo nombra Subsecretario de Guerra, en el Gabinete re

construído. De Gaulle de Guerra y Mandel en el Interior hubieran podido asegurar con tiempo, la victoria de Francia. Pero ya es tarde. Los pocos días que transcurren desde su nombramiento hasta la catástrofe los emplea de Gaulle en realizar rápidos viajes a Londres, para organizar con Chuchil la resistencia. ¡ Curioso encuentro del profeta militar de las divisiones blindadas con el profeta de los tanques, llamados cuando aparecieron en la otra guerra : " la locura de Winston " !

De Gaulle concertó con Churchill un plan de resistencia militar y de alianza política que consistía en fundir en una comunidad de guerra a Francia y su imperio colonial con el Imperio británico. Pero no pudo conseguir que el Gobierno francés se trasladase a Argelia para continuar la lucha. En su último viaje a Francia econtró a Reynaud cambiado, vencido. Al día siguiente actuaba ya, junto al Presidente Petain, la " Commune de Burdeos ", que lanzaba desde el despachito cedido por el alcalde Marquet su consigna derrotista: " Después de fracasar en Francia la política guerrera de Chuchill y de Reynaud ¿ va a triunfar porque la reanudemos desde el Africa ?

De Gaulle voló de nuevo a Londres, y de allí hizo su llamamiento a los Franceses Libres para seguir luchando. En ese llamamiento renueva la fe en la victoria y la confianza en el principio militar defendido por él: " Las mismas condiciones de la batalla - dice - que causaron nuestra derrota por la falta de 5.000 aviones y de 6.000 tanques, podrán mañana darnos la victoria, cuando dispongamos de 20.000 tanques y 20.000 aviones ". Estas palabras descubren el secreto de la voluntad británica y su fuerza profética se ilustra con las informaciones de estos días sobre la batalla del Mediterráneo y con la simple contem -

plación de un mapa de Africa y del Próximo Oriente.

El movimiento de la Francia Libre no es un movimiento militar, aunque sea un general su figura representativa y su jefe de guerra. A ese movimiento libertador, civil, por lo tanto, están incorporados todos los franceses que viven en el extranjero y que pudieron manifestar libremente su opinión, y en secreto, la mayoría de los franceses que viven en Francia. Una periodista americana, Lorna Lindsley, que ha estado recientemente en la Francia ocupada, describe cómo sobre los carteles de propaganda nazi aparecen unas misteriosas inscripciones :¡"Viva Churchill"! " ¡ Muera Hitler ! " " ¡ Viva de Gaulle ! " Y refiere que en un pueblecito bretón de la costa junto al bando del Estado Mayor alemán anunciando el fusilamiento de un joven francés por acto de sabotaje contra las fuerzas de ocupación, se exhibía un gran cartel representando a un marinero que empuñaba, sobre las olas, una bandera francesa. Se trataba de mantener entre los marinos bretones el odio contra de Gaulle por el ataque a la escuadra del almirante Darlan. El cartel llevaba esta inscripción " No olvideis Orán ". La palabra Orán - cuenta Lorna Lindsley - no tardó en desaparecer de todos los carteles, quedando convertida la leyenda en esta frase ambigua y amenazadora : " No olvideis..... "

Cumplamos el anónimo mandato. Nuestro recuerdo va a nuestra Francia. Y nuestro dolor lo guía misteriosamente hacia los campos de concentración donde sufren nuestros hermanos, cuya evocación ata un nudo en mi garganta. Por la salvación de ellos deseamos que Francia vuelva a ser nuestra Francia y que no tarde el día que vea levantarse de nuevo en sus fronteras la bandera que los patriotas revolucionarios de 1790 plantaron sobre el puente de Kehl, con estas palabras:" Aquí empieza el país de la libertad ".

México D.F. 14-V-41